m²

SUPLEMENTO DE ESTILO Y DECORACION DE PAGINA/12
SABADO 12 DE OCTUBRE DE 2002
AÑO 4. Nº 193

usos

million, o cómo convertir una
mansión en restaurante sin reciclados

FOTO: GUSTAVO MUJICA

Apuesta al patrimonio

Bettina Kropf está a cargo de la restauración del Palacio La Prensa, un edificio de valor simbólico tratado con conceptos lejanos, muy lejanos al reciclado.

POR MATIAS GIGLI

La vivencia de tres grandes ciudades americanas: Córdoba, La Habana y México D.F. y la marca de una pequeña joyita, Guanajuato, le fueron suficientes a Bettina Kropf para comprender lo delicado que es intervenir en áreas de protección histórica. Arquitecta, cordobesa, dueña de un Master de Arquitectura con especialidad en restauración de monumentos de la Universidad Autónoma de México, es actualmente la responsable de llevar adelante la puesta en valor y actualización tecnológica del Palacio La Prensa. Un edificio singular que llegó a compartir el encanto de un palacio porteño –con exquisitas decoraciones y finas marqueterías, un ascensor individual y una sala de esgrima en el último nivel– con la redacción e imprenta del diario.

Esta intervención, lejos de conceptos como los de reciclaje o los de refuncionalización, está siendo restaurado y puesto en valor por parte de artesanos especialistas en las diversas materias, ellas comprenden a vitralistas, especialistas en técnicas de murales, frentistas y ebanistas entre otras disciplinas.

Ciento cuatro años cumplidos tiene el Palacio que José C. Paz encargó a los arquitectos Carlos Agote y Alberto de Gainza para albergar a la redacción del diario. Este edificio, tal como era la modalidad en su época, tiene una fachada proyectada en Francia con ornamentos y elementos que la componen traídos especialmente.

El magnífico emplazamiento a metros de la Plaza de Mayo, sobre la avenida que vincula la Casa de Gobierno con el Congreso de la Nación, define una época y una Argentina.

A casi cien años de construido, el edificio tuvo la suerte de ser comprado por el Gobierno de la Ciudad y salvarse de una vejez indigna. Hoy es la Casa de la Cultura y en él conviven actividades administrativas y eventos culturales.

Arriba, iluminando el porvenir, inclinada y con una gran bocha de luz, la señora del farol tal como es nombrada esta exquisita escultura fundida en bronce por Thiébaut, en París, sobre diseño de Bouval, es símbolo del Palacio y recibe el afecto de todos los que alzan la vista.

Es por ella y para que no llueva dentro del patio central, que se está efectuando una reparación a fondo de la



estructura metálica, mecanismos y vidrios de la claraboya central.

Los pisos del hall de acceso, en partes realizados con teselas de piedras naturales y en otra con calcáreos, fueron reparados teniendo como premisa intervenir en el área afectada sin involucrar a las partes del solado que aún se conservan en buen estado.

El sótano, en donde se desempeñaban tareas netamente industriales, ha sido recientemente inaugurado como Sala de Exposiciones. Es un sitio con misterio, no tiene ventanas, extraño espacio bajo tierra.

En otro sector de los niveles bajo tierra la biblioteca, que aún puede ser consultada, tiene un clima totalmente diferente, estantes y revestimientos de maderas oscuras mantienen el encanto del diario de principios de siglo.

La lucha contra la indiferencia

Como se sabe, el agua, el monóxido de carbono y la indiferencia son los enemigos de los edificios que pretenden vivir más de un siglo. Carlos Agote y Alberto de Gainza conocen los sinsabores de perder en manos de la piqueta y la incomprensión de las nuevas generaciones gran parte de su obra: la magnífica rambla de Mar del Plata, la extraña esquina del Club Mar del Plata, el Banco Español del Río de la Plata recientemente destruido, poco tiempo antes del último invento argentino llamado "el corralito", son parte de una gran obra construida a lo largo de los años y destruida en pocos días. El Palacio La Prensa es una alegre excepción. ■











Uso y r

POR SERGIO KIERNAN

A todo el que respete la arquitectura, la palabra reciclado le causa un escalofrío. La versión comercial, en argentino, viene a ser "refuncionalización." La experiencia indica que se trata de dos sinónimos de vandalismo. La pregunta es: cómo utilizar una edificación de alto valor intrínseco para una función distinta a la original, sin destrozarla en nombre de la modernidad y la cordura. El bar y restaurante Million, en la calle Paraná a metros de Santa Fe, ofrece una respuesta que es la sencillez en persona: sin tocar nada, sin adaptar ni refuncionalizar ni mucho menos reciclar. Million se asienta en lo que fue una estupenda residencia porteña, un *hôtel de ville* construido por lo alto y jamás tocado por manos dañinas. Entrar al lugar es una experiencia peculiar.

El 2 de diciembre serán tres años desde que abrió las puertas el bar restaurante de Diego Pérez Morales, Osvaldo González y Silvina Messina. La idea surgió al ver la casa heredada por un tío de Diego, que llevaba cerrada siete años y estaba empezando a mostrar la falta de mantenimiento. Es la vieja residencia de los Allemand, una familia de origen alemán que, por falta de hijos, acabó en una sobrina que falleció en 1992 viviendo sola en el caserón de cuatro niveles, entre recuerdos de familia y una estupenda colección de arte argentino.

Con acuerdo del tío, socio en el emprendimiento, se reparó mínima-

Apuesta al patrimonio

Bettina Kropf está a cargo de la restauración del Palacio La Prensa, un edificio de valor simbólico tratado con conceptos lejanos, muy lejanos al reciclado.

POR MATIAS GIGLI

La vivencia de tres grandes ciudades americanas: Córdoba, La Habana y México D.F. y la marca de una pequeña joyita, Guanajuato, le fueron suficientes a Bettina Kropf para comprender lo delicado que es intervenir en áreas de protección histórica. Arquitecta, cordobesa, dueña de un Master de Arquitectura con especialidad en restauración de monumentos de la Universidad Autónoma de México, es actualmente la responsable de llevar adelante la puesta en valor y actualización tecnológica del Palacio La Prensa. Un edificio singular que llegó a compartir el encanto de un palacio porteño –con exquisitas decoraciones y finas marqueterías, un ascensor individual y una sala de esgrima en el último nivel– con la redacción e imprenta del diario.

Esta intervención, lejos de conceptos como los de reciclaje o los de refuncionalización, está siendo restaurado y puestó en valor por parte de artesanos especialistas en las diversas materias, ellas comprenden a vitralistas, especialistas en técnicas de murales, frentistas y ebanistas entre otras disciplinas.

Ciento cuatro años cumplidos tiene el Palacio que José C. Paz encargó a los arquitectos Carlos Agote y Alberto de Gainza para albergar a la redacción del diario. Este edificio, tal como era la modalidad en su época, tiene una fachada proyectada en Francia con ornamentos y elementos que la componen traídos especialmente.

El magnífico emplazamiento a metros de la Plaza de Mayo, sobre la avenida que vincula la Casa de Gobierno con el Congreso de la Nación, define una época y una Argentina.

A casi cien años de construido, el edificio tuvo la suerte de ser comprado por el Gobierno de la Ciudad y salvarse de una vejez indigna. Hoy es la Casa de la Cultura y en él conviven actividades administrativas y eventos culturales.

Arriba, iluminando el porvenir, inclinada y con una gran bocha de luz, la señora del farol tal como es nombrada esta exquisita escultura fundida en bronce por Thiébaut, en París, sobre diseño de Bouval, es símbolo del Palacio y recibe el afecto de todos los que alzan la vista.

Es por ella y para que no llueva dentro del patio central, que se está efectuando una reparación a fondo de la estructura metálica, mecanismos y vidrios de la claraboya central.



Los pisos del hall de acceso, en partes realizados con teselas de piedras naturales y en otra con calcáreos, fueron reparados teniendo como premisa intervenir en el área afectada sin involucrar a las partes del solado que aún se conservan en buen estado.

El sótano, en donde se desempeñaban tareas netamente industriales, ha sido recientemente inaugurado como Sala de Exposiciones. Es un sitio con misterio, no tiene ventanas, extraño espacio bajo tierra.

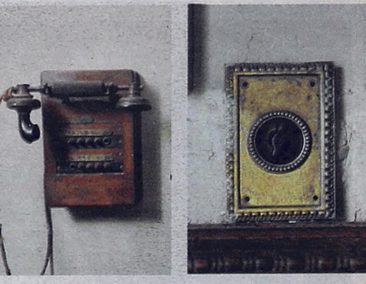
En otro sector de los niveles bajo tierra la biblioteca, que aún puede ser consultada, tiene un clima totalmente diferente, estantes y revestimientos de maderas oscuras mantienen el encanto del diario de principios de siglo.

La lucha contra la indiferencia

Como se sabe, el agua, el monóxido de carbono y la indiferencia son los enemigos de los edificios que pretenden vivir más de un siglo. Carlos Agote y Alberto de Gainza conocen los sinsabores de perder en manos de la piqueta y la incomprensión de las nuevas generaciones gran parte de su obra: la magnífica rambla de Mar del Plata, la extraña esquina del Club Mar del Plata, el Banco Español del Río de la Plata recientemente destruido, poco tiempo antes del último invento argentino llamado "el corralito", son parte de una gran obra construida a lo largo de los años y destruida en pocos días.

El Palacio La Prensa es una alegre excepción. ■









LA SALA DE RESTAURANTE ES EL ANTIGUO COMEDOR DE LA CASA. ARRIBA, LA FACHADA POSTERIOR DESDE EL JARDIN. LO MAS LLAMATIVO SON LOS EQUIPAMIENTOS ORIGINALES TODAVIA EN SU LUGAR, COMO EL TELEFONO, LAS LLAVES DE LUZ A RESORTE Y LA NOTABLE BACHA DEL GLORIOSO BAÑO PRINCIPAL, EN EL SEGUNDO PISO. EN LA TAPA, LA AIROSA ESCALERA PRINCIPAL CON UNA DE LAS MUCHAS LAMPARAS ORIGINALES TODAVIA EN USO.



FOTOS: GUSTAVO MUJICA

Uso y respeto

Million es un bar y restaurante que funciona en la residencia de la familia Allemand, inaugurada en 1913. El lugar no fue restaurado ni reciclado: con real cariño, fue mínimamente adaptado y abierto al público. El resultado es una casona señorial con equipamientos originales de época y un espacio público de especial valor.

POR SERGIO KIERNAN

A todo el que respete la arquitectura, la palabra reciclado le causa un escalofrío. La versión comercial, en argentino, viene a ser "refuncionalización." La experiencia indica que se trata de dos sinónimos de vandalismo. La pregunta es: cómo utilizar una edificación de alto valor intrínseco para una función distinta a la original, sin destrozarla en nombre de la modernidad y la cordura. El bar y restaurante Million, en la calle Paraná a metros de Santa Fe, ofrece una respuesta que es la sencillez en persona: sin tocar nada, sin adaptar ni refuncionalizar ni mucho menos reciclar. Million se asienta en lo que fue una estupenda residencia porteña, un *hôtel de ville* construido por lo alto y jamás tocado por manos dañinas. Entrar al lugar es una experiencia peculiar.

El 2 de diciembre serán tres años desde que abrió las puertas el bar restaurante de Diego Pérez Morales, Osvaldo González y Silvina Messina. La idea surgió al ver la casa heredada por un tío de Diego, que llevaba cerrada siete años y estaba empezando a mostrar la falta de mantenimiento. Es la vieja residencia de los Allemand, una familia de origen alemán que, por falta de hijos, acabó en una sobrina que falleció en 1992 viviendo sola en el caserón de cuatro niveles, entre recuerdos de familia y una estupenda colección de arte argentino.

Con acuerdo del tío, socio en el emprendimiento, se reparó mínimamente el lugar: fachadas restauradas con precisión y bajo supervisión de la ciudad, cubiertas reselladas, mantenimiento de interiores, y una cocina y bar de tapas nacido al pie del jardín en un departamento de servicios. El resto fue sencillo y consistió en retirar buena parte del mobiliario, dejar absolutamente todo lo que funcione en su lugar, pintar lo que hubiera que pintar –muy poco– y agregar algún mostrador en cada piso abierto al público.

Por lo tanto, entrar a Million hoy es ver una casa inaugurada justo antes de la Primera Guerra Mundial con su equipamiento original (lámparas, picaportes, baños, pavimentos, puertas y hasta detalles como el teléfono y los gloriosos barrales de bronce de las cortinas). La planta baja está definida por una porte cochère que recorre entero el largo del edificio, cruza el jardín y acaba en la cochera del fondo, una puerta doble coronada por la residencia del chofer. Al medio, hay una puerta cuádruple que accede al hall de entrada, que cuenta con ascensor, toilette, una elegante escalera principal y, a la izquierda y dando al frente, el consultorio médico de Félix Gunche, uno de los últimos moradores, que todavía recibe desde su excelente retrato firmado por Basaldúa.

El primer piso era el de recepción social. Al subir la escalera –el ascensor fue descompuesto una noche especialmente movida en el bar y espera ser reparado– uno llega a un amplio descanso que reproduce el hall de abajo hasta en el pavimento de hidráulicos con punteras de bronce. Cruzar la puerta de cuatro hojas de roble con vidrios biselados significa entrar a un magnífico espacio de doble altura, por que el segundo piso se abre en un balcón. A la derecha, pasando entre dos garbosas columnas corintias, se encuentra el comedor, que hoy es la sala de restaurante y principal exhibidor de arte. El salón todavía exhibe intactas sus panelerías versallescas, un elegante espejo y tres puertas dobles con excelentes marcos ornados. El piso consiste en hectáreas de maderas duras en damero, con guardas griegas en los bordes.

Volviendo al hall, hay una chimenea, un piano y arriba el retrato de una de las damas que vivieron ahí, engalanada al estilo de los años 30 e intocada por su mal carácter: cada vez que bajaron el cuadro o lo movieron, pasó algo desagradable. Caminando hacia el fondo se llega al bar que se abre a una terraza que se asoma al jardín y luce un pavimento de mosaico pompeyano. Era la sala de música de la residencia y todavía conserva un sobrio y elegante cortinado de terciopelos púrpura con liras bordadas en hilo de bronce. Todo pende de uno de los increíbles barrales de la casa, grandes piezas de bronce con verdaderos bosques de laureles.

Escondida sobre la circulación de servicio está la cocina original de la casa, todavía en uso, todavía revestida en mayólica blanca, con sus armarios, pisos y piletones originales. Más escondida aún, se descubre una monacal escalera de madera en espiral que sube y baja invisible, estrecha como la de la torre de una iglesia. También siguen intactos y en uso los baños originales de ese piso, con sus mayólicas y sus curiosas puertas levemente curvas, para seguir la forma de una pared.

El segundo piso era el íntimo de la familia y hoy consiste en una sucesión de cuartos en el que se destaca el balcón ya mencionado que mira hacia el primer piso y otro, sorprendentemente amplio, que da a la calle. Este nivel guarda una sorpresa, una sala de baños simplemente notable, para empezar por su tamaño. Se trata de una habitación muy grande y totalmente revestida de blanco en un mar de mayólicas, con una enorme pileta, su instalación de luz original, una estupenda tulipa y, único cambio, cinco boxes para otros tantos baños individuales, que se alzan en una tarima donde antes estaba la bañadera, seguramente digna del Titanic. La fuente de luz natural es una de las tres claraboyas avitraladas de la residencia –hay otra en el hall de doble altura y otra más en el remate de la escalera principal–.

Lo que francamente llama la atención en la casa que alberga a Million es encontrarse con tantas pequeñas cosas que ya no hay derecho a esperar. Por ejemplo, la luz del baño principal todavía es una llave loza con perilla de espiral, que gira y enciende con un fuerte *tac*. En un pasillo interno todavía está el teléfono de madera instalado en 1913. Las canillas son de bronce y lo único moderno es el cuerito. Abrir una puerta significa usar un picaporte colocado junto a la puerta y fijado con tornillos de bronce, no con el proverbial clavito. Los cielos rasos son un festival de apliques de borde de bronce y bochas de vidrio tallado que dejarían encantado a cualquier anticuario.

Curiosamente, ninguno de los socios de Million es arquitecto, restaurador o siquiera apasionado por el patrimonio. Simplemente les gustó la casa y se dejaron llevar por sus espacios y su estilo. González hasta vivió en el primer piso, supervisando la obra, encariñándose con el lugar, leyendo diarios de viaje y álbumes de recortes encontrados en un armario. Faltos del alto presupuesto necesario para restaurar realmente un edificio de semejante porte, los socios lo respetaron y permiten disfrutar un tipo de espacio muy infrecuente. Los turistas, explica González, lo adoran y lo encuentran quintaesencialmente porteño. ■



A SALA DE RESTAURANTE ES EL ANTIGUO COMEDOR DE LA CASA. ARRIBA, LA FACHADA POSTERIOR DESDE EL JARDIN. LO MAS LLAMATIVO SON LOS EQUIPAMIENTOS ORIGINALES TODAVIA EN SU LUGAR, COMO EL TELEFONO, LAS LLAVES DE LUZ A RESORTE Y LA NOTABLE BACHA DEL GLORIOSO BAÑO PRINCIPAL, EN EL SEGUNDO PISO. EN LA TAPA, LA AIROSA ESCALERA PRINCIPAL CON UNA DE LAS MUCHAS LAMPARAS ORIGINALES TODAVIA EN USO.



FOTOS: GUSTAVO MUJICA

espeto

Million es un bar y restaurante que funciona en la residencia de la familia Allemand, inaugurada en 1913. El lugar no fue restaurado ni reciclado: con real cariño, fue mínimamente adaptado y abierto al público. El resultado es una casona señorial con equipamientos originales de época y un espacio público de especial valor.

mente el lugar: fachadas restauradas con precisión y bajo supervisión de la ciudad, cubiertas reselladas, mantenimiento de interiores, y una cocina y bar de tapas nacido al pie del jardín en un departamento de servicios. El resto fue sencillo y consistió en retirar buena parte del mobiliario, dejar absolutamente todo lo que funcione en su lugar, pintar lo que hubiera que pintar –muy poco– y agregar algún mostrador en cada piso abierto al público.

Por lo tanto, entrar a Million hoy es ver una casa inaugurada justo antes de la Primera Guerra Mundial con su equipamiento original (lámparas, picaportes, baños, pavimentos, puertas y hasta detalles como el teléfono y los gloriosos barrales de bronce de las cortinas). La planta baja está definida por una porte cochère que recorre entero el largo del edificio, cruza el jardín y acaba en la cochera del fondo, una puerta doble coronada por la residencia del chofer. Al medio, hay una puerta cuádruple que accede al hall de entrada, que cuenta con ascensor, toilette, una elegante escalera principal y, a la izquierda y dando al frente, el consultorio médico de Félix Gunche, uno de los últimos moradores, que todavía recibe desde su excelente retrato firmado por Basaldúa.

El primer piso era el de recepción social. Al subir la escalera –el ascensor fue descompuesto una noche especialmente movida en el bar y espera ser reparado– uno llega a un amplio descanso que reproduce el hall de abajo hasta en el pavimento de hidráulicos con punteras de bronce. Cruzar la puerta de cuatro hojas de roble con vidrios biselados significa entrar a un magnífico espacio de doble altura, porque el segundo piso se abre en un balcón. A la derecha, pasando entre dos garbosas columnas corintias, se encuentra el comedor, que hoy es la sala de restaurante y principal exhibidor de arte. El salón todavía exhibe intactas sus panelerías versallescas, un elegante espejo y tres puertas dobles con excelentes marcos ornados. El piso consiste en hectáreas de maderas duras en damero, con guardas griegas en los bordes.

Volviendo al hall, hay una chimenea, un piano y arriba el retrato de una de las damas que vivieron ahí, engalanada al estilo de los años 30 e intocada por su mal carácter: cada vez que bajaron el cuadro o lo movieron, pasó algo desagradable. Caminando hacia el fondo se llega al bar que se abre a una terraza que se asoma al jardín y luce un pavimento de mosaico pompeyano. Era la sala de música de la residencia y todavía conserva un sobrio y elegante cortinado de terciopelos púrpura con liras bordadas en hilo de bronce. Todo pende de uno de los increíbles barrales de la casa, grandes piezas de bronce con verdaderos bosques de laureles.

Escondida sobre la circulación de servicio está la cocina original de la casa, todavía en uso, todavía revestida de mayólica blanca, con sus armarios, pisos y piletones originales. Más escondida aún, se descubre una monacal escalera de madera en espiral que sube y baja invisible, estrecha como la de la torre de una iglesia. También siguen intactos y en uso los baños originales de ese piso, con sus mayólicas y sus curiosas puertas levemente curvas, para seguir la forma de una pared.

El segundo piso era el íntimo de la familia y hoy consiste en una sucesión de cuartos en el que se destaca el balcón ya mencionado que mira hacia el primer piso y otro, sorprendentemente amplio, que da a la calle. Este nivel guarda una sorpresa, una sala de baños simplemente notable, para empezar por su tamaño. Se trata de una habitación muy grande y totalmente revestida de blanco en un mar de mayólicas, con una enorme pileta, su instalación de luz original, una estupenda tulipa y, único cambio, cinco boxes para otros tantos baños individuales, que se alzan en una tarima donde antes estaba la bañadera, seguramente digna del Titanic. La fuente de luz natural es una de las tres claraboyas avitraladas de la residencia –hay otra en el hall de doble altura y otra más en el remate de la escalera principal–.

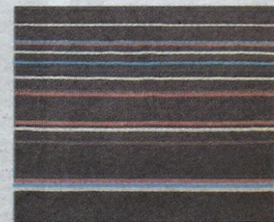
Lo que francamente llama la atención en la casa que alberga a Million es encontrarse con tantas pequeñas cosas que ya no hay derecho a esperar. Por ejemplo, la luz del baño principal todavía es una llave loza con perilla de espiral, que gira y enciende con un fuerte *tac*. En un pasillo interno todavía está el teléfono de madera instalado en 1913. Las canillas son de bronce y lo único moderno es el cuerito. Abrir una puerta significa usar un picaporte colocado junto a la puerta y fijado con tornillos de bronce, no con el proverbial clavito. Los cielos rasos son un festival de apliques de borde de bronce y bochas de vidrio tallado que dejarían encantado a cualquier anticuario.

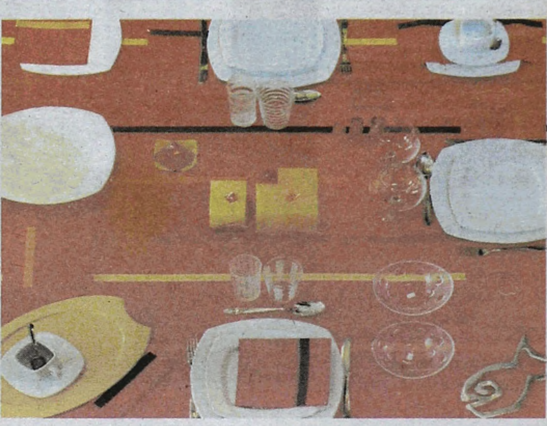
Curiosamente, ninguno de los socios de Million es arquitecto, restaurador o siquiera apasionado por el patrimonio. Simplemente les gustó la casa y se dejaron llevar por sus espacios y su estilo. González hasta vivió en el primer piso, supervisando la obra, encariñándose con el lugar, leyendo diarios de viaje y álbumes de recortes encontrados en un armario. Faltos del alto presupuesto necesario para restaurar realmente un edificio de semejante porte, los socios lo respetaron y permiten disfrutar un tipo de espacio muy infrecuente. Los turistas, explica González, lo adoran y lo encuentran quintaesencialmente porteño. ■

Blanco vanguardia









Obras en La Piedad

La Ciudad presentó esta semana la primera etapa de las reparaciones en el Pasaje de La Piedad, el muy maltratado rincón de Buenos Aires que mantiene un ejemplar de la primera arquitectura afrancesada porteña. Lo que se completó fueron los nuevos pavimentos de adoquines y las veredas, cambiadas totalmente por la Ciudad. Mientras, los alumnos de la Escuela Taller empezaron a trabajar en una de las medianeras originales, cuyos almohadillados fueron cribados con ventanas clandestinas. Más lento, sigue el esfuerzo privado por restaurar los edificios en sí, trabajo que con toda lógica se concentra todavía en espacios interiores, cubiertas y servicios. Lo que la dirección de Patrimonio de la Secretaría de Cultura está haciendo es un necesario trabajo de coordinación entre los cuatro consorcios que forman los cuatro edificios del pasaje para que la restauración sea correcta y coherente. También está dando un cercano asesoramiento sobre qué hacer y cómo, y generando una interesante sinergia entre los vecinos, con el estado como catalizador. Ya hay señales de vida: el edificio de la esquina de Paraná eliminó las horribles puertas de chapa y colocó unas de madera recicladas que, si bien no se parecen a las originales, tampoco atacan el contexto y son muy bonitas.

POR LUJÁN CAMBARIERE

La arquitecta devenida en diseñadora textil Gabriela Antenzon pasó más de una década dedicada al diseño de interiores. Su colaboración en la concepción de un local de decoración con galería de arte (Quitapesares) le dio la posibilidad de abrirse paso con su propia producción de blanquería, con diseños más de vanguardia. Todo empezó por encontrar un nicho vacío en un mercado que parecía que no tenía más que ofrecer. "Armando la tienda observamos que no había manteles con diseños contemporáneos. Existían los clásicos blancos u otros más artesanales, chinos o hindués, producto de la importación", detalla. Fue así como, sin más, se puso a bocetar distintos modelos para dar vida a una moderna línea de manteles, individuales y, ahora, sábanas, que imprime con diseños de rayas oblicuas, cruzadas o paralelas con un sistema muy original de cintas cosidas de forma casi artesanal.

Juegos geométricos y técnica original

Munida del programa Autocad de la computadora y del primer material que tomó contacto en mercerías –cinta al bies (esa que se esconde debajo de las polleras)– se puso a idear distintos juegos de líneas y rayas. "La verdad, yo siempre fui más geométrica que orgánica. Me encanta el expresionismo abstracto y el modernismo en todos sus aspectos", señala. Para crear sus modelos, también apeló a una técnica de su autoría. Generó los distintos dibujos a través de cintas que cose sobre la tela de algodón o poliester viscosa", detalla. ¿El tema del color? "Las distintas combinaciones surgen de forma espontánea generalmente en la gama de los rojos, azules, verdes y marrones, aunque también tengo modelos en blanco y negro como el expuesto este año en el Salón del Diseño del Palace de Glace", detalla.

Símil cuadro

"Los manteles los concibo como una pieza única, pictórica, casi como si fueran un cuadro." Muchas veces la gente los ve así, es por eso que ahora incursionó en almohadones, sábanas y batas. ¿En un futuro cercano? "Me propongo estampar diseños en plástico. No debiera decirlo, pero tengo dos hijos y resultan muy prácticos. Es que el uso del mantel –continúa– es un hecho social. Generalmente lo compartís con la gente que querés en uno de los rituales más lindos que es el de la comida. Por eso, siempre lo valoro como una buena bienvenida", remata. ■

* Gabriela Antenzon: 4953-9425/ 4300-3198, info@gabrielaantenzon.com.ar, www.gabrielaantenzon.com.ar.

